

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

ESCRIBIR una novela no supone mayor mérito que componer un poema (entiéndase que alcanzando aquélla y éste un nivel parecido). Lo que pasa es que el poema puede salir (si sale) en una ráfaga de inspiración, mientras que un libro gordo de narrativa o ensayo hay que elaborarlo a brazo y lleva su tiempo. Por esto los poetas van todas las tardes al café Gijón, en Madrid, o a la Farola, en León, con envidia de los prosistas, que tienen que quedarse en casa y salir todo lo más los jueves, como las criadas (las de antes del Movimiento). Da pena pensar en el "pobre" Balzac, escondido en una habitación secreta de París para que no lo pillaran los acreedores, produciendo, "de paso", *La Comedia Humana*. O en Proust, tan proustiano él, a la busca del tiempo perdido en una cuarto todo forrado de corcho.

Claro está que si hay quien se queda en casa para escribir, también hay quien escribe porque tiene que quedarse en casa. Salvando la tentación de algunos buenos ejemplos, anoto como actualísimo el del financiero catalán, públicamente conocido por su papel en el asunto "Matesa". Esta circunstancia lo ha mantenido bastante tiempo bajo arresto domiciliario; y en coherencia con su carácter laborioso e inquieto, tres libros terminados -según nos dicen- son el fruto de la peripecia. Y alguno de ellos, testimonial, probablemente narrativo.

Ahora la justicia, permitiéndole salir de 9 a 2 dos del mediodía y de cinco a siete de la tarde, ha venido a mejorar las horas del señor Vilá Reyes. La ocasional carrera literaria de éste, me temo, habrá salido perdiendo.

TAMBIÉN daba sus oídos a la conversación tijereteada de quienes pasaban cerca. Le gustaba a ella cazar frases como mariposas, retenerlas un instante, echarles otra vez a

volar. Eran nada más que fragmentos, flecos de vida, ráfagas de música para el olvido, chispas de un tren que danzan en el aire hasta apagarse...

Me estoy relejendo a mí mismo (aunque no suelo hacerlo), con el resultado de comprobar que pasado el tiempo, uno no escribe mejor. Para comprobar, también, lo a menudo que las propias experiencias y hábitos del autor son transferidos por éste a sus personajes. Al aire de Flaubert -"Madame de Bovary c'est moi"- podría yo afirmar aquí que Soledad soy yo.

-Sí, señor, y aparte los puntos.

-Pues lo volvieron a cerrar, ya no tenía remedio.

-Que no soy plato de segunda mesa, así mismo se lo dije.

-Como lo oyes, se subieron juntos al coche.

Conque sin poderlo evitar recojo una vez más esa hoja volandera que cae del árbol, se posa sobre si, se desprende, marcha.

-Todo empezó porque tenía ahorradas cinco mil pesetas y quiso cambiar los muebles.

Vaya, pues esta vez no se marcha. Las dos mujeres mostraban un aire trágico. Una de ellas contaba, sibilina. La otra atendía con esa fruición de quien compadece el dolor ajeno, pero quiere más, más. El asunto me acompaña desde San Marcos a la Plaza de Toros. Y cuando vuelvo a la soledad de los papeles sigo dándole vueltas; qué muebles se pueden comprar con cinco mil pesetas, quién y por qué quiso renovarlos, y sobre todo, qué drama empezó por tan trivial ocasión.

Me hago los cargos a mí mismo sobre que no conviene caer en tales rarezas. Pero pronto abjuro de esta debilidad momentánea y me pongo a compadecer a quienes tienen la horrible manía de no tener manías.

Lo que son, las cosas. Hace bien poco, el orgullo de una provincia era el montante de vehículos matriculados, y una población exhibía con énfasis el trajín de sus riadas de coches vigilados por el guiño de los semáforos, esto si no se llegaba a la ingenua barbaridad de aquel alcalde a quien, le crujía el traje de satisfacción: "Pues sí, señor, aquí, en el pueblo, ya tenemos zona azul". Ahora, en cambio, el no va más de un Ayuntamiento ilustrado está en anunciar su zona -cuanto más amplia mejor- vedada a todo carruaje que calce ruedas. Pasa en Ottawa, con unas calles que deben ser la gloria para arquitectos decoradores, y en Munich con todo el barrio central incluida la fabulosa Marienplatz, y en el mismo Madrid de nuestros pecados (mortales) de urbanismo, con el ensayo tímido de las calles del Carmen y Preciados. Los resultados son buenos, las tiendas venden más, y hay psicólogos convencidos de que los transeúntes de estos "ghettos" voluntarios tienden a la bondad y al contraste ordenado de pareceres.

En León, hace sólo unos años, guardias paternales y tuteadores ponían discos de prohibición donde Ciriaco y Alcázar de Toledo, durante las primeras horas de la noche. Así, el frecuentador de Ordoño II andaba por el centro de la calzada como Pedro por su casa, entregado al ritual ejercicio del paseo. Hoy ya no se pasea, por lo menos a aquel aire concienzudo y repetidor de hala para arriba, hala para abajo, pero la gente -incluso en nuestra dimensión provinciana- empieza a echar de menos- unas islas donde sentirse un rato a salvo, lugares para poder pararse, mirar un escaparate, encender un cigarro y envenenarse del humo propio, más gustoso y menos nocivo que los gases ajenos.

La calle de Ordoño me parece demasiado vertebral, a estas alturas. Pero no faltarían recintos tentadores sobre el plano de la ciudad, y allá cavilen nuestros concejales, pues para algo se presentan. También pudiera ser que no hiciese falta ni eso, que todo se arreglará como este último domingo holandés -oh, maravilla donde la escasez de gasolina ha dejado oír de nuevo los pájaros.